

grandes dificultades que vencer; pero esta cariñosa Madre y Señora está tan cerca y tan presente a sus fieles servidores para alumbrarlos en sus tinieblas, para esclarecerlos en sus dudas, para afirmarlos en sus temores, para sostenerlos en sus combates y dificultades, que en verdad este camino virginal para encontrar a Jesucristo, en comparación de los demás, es un camino de rosas y de miel. Ha habido algunos santos, pero en corto número, como San Efrén, San Juan Damasceno, San Bernardo, San Bernardino, San Buenaventura, San Francisco de Sales, etc., que han pasado por este camino dulce para ir a Jesucristo, porque el Espíritu Santo, Esposo fiel de María, se lo ha enseñado por una gracia singular; pero los otros santos, que son en mayor número, aunque todos hayan tenido devoción a la Santísima Virgen, no por eso han entrado, o, si han entrado, ha sido muy poco, en este camino, y esta es la causa de haber tenido que pasar pruebas más rudas y peligrosas »

«Cómo se explica, me dirá algún fiel servidor de María, que los siervos fieles de esta bondadosa Madre tienen tantas ocasiones de sufrir y más que los otros que no la son tan devotos? Se los contradice, persigue y calumnia y no se los puede tolerar, o bien caminan en tinieblas interiores y por desiertos en donde no se ve la menor gota de rocío del cielo; si esta devoción a la Santísima Virgen facilita el camino para llegar a Jesucristo, ¿cómo es que los que van por él son los crucificados? A este le respondo que ciertamente los fieles servidores de la Santísima Virgen, como sus más grandes favoritos, reciben de Ella las mayores gracias y favores celestiales, que son las cruces; pero sostengo también que los servidores de María son los que llevan estas cruces con más facilidad, mérito y gloria, y que lo que a otro detendría mil veces o le haría caer, a ellos no los detiene ni una sola vez y les hace adelantar, porque esta cariñosa Madre, toda llena de gracias y de la unción del Espíritu Santo, endulza todas estas cruces que les prepara con el azúcar de su dulzura maternal y con la unción del puro amor; por manera que ellos las comen alegremente como nueces confitadas, aunque de por sí sean muy amargas. Y creo que una persona que quiera ser devota y vivir piadosamente en Jesucristo y, por tanto sufrir persecución y llevar todos los días su cruz, no podrá llevar grandes cruces o no las llevará alegremente, ni hasta el fin, si no profesa una tierna devoción a la Santísima Virgen, que es la que endulza las cruces: de la misma manera que una persona no podría comer sin grandísima violencia, que apenas sería duradera, nueces verdes que no estuviesen confitadas con azúcar.»

En resumen, creemos que la doctrina que acaba de explicar nuestro bienaventurado maestro montfortiano se contiene en estas sus palabras, que a continuación entresacamos del número 173. Estas son las palabras a que nos referimos:

«Si esta devoción a la Santísima Virgen facilita el camino para llegar a Jesucristo ¿cómo es que los que van por él son los más crucificados? A éste le respondo que ciertamente los fieles servidores de la Santísima Virgen, como sus más grandes favoritos, reciben de Ella las mayores gracias y favores celestiales, que son las cruces; pero sostengo también que los servidores de María son los que llevan estas cruces con más facilidad... porque esta cariñosa Madre, toda llena de gracias y de unción del Espíritu